

863
S.



PQ6565

.54

M3

v.5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

UN RAYO DE ESPERANZA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Chareb er" ehh.

El individuo más importante en la familia árabe es el caballo. O más bien, el árabe se compone de dos elementos indispensables, á saber : el caballo y el hombre.

Cuando decidió hacer la yegua, cuenta el *Profeta* que Dios le dijo al viento :

«De tí haré nacer un sér que llevará á mis adoradores, que será querido de todos mis esclavos, y que desesperará á los que no sigan mis leyes.»

Y creó la yegua, y dijo :

«Te he hecho sin igual; los bienes de este

mundo estarán entre tus ojos, arruinarás á mis enemigos; en todas partes serás feliz y preferida á los demas animales, porque tu amo siempre te tendrá cariño. Tan buena para acometer como para la retirada, volarás sin alas, y no te pondré encima más que aquellos hombres que me conozcan, que me dirijan sus oraciones y sus acciones de gracias; en fin, los hombres que me adoren.»

Por este pasaje se ve que en la mente de Mahoma el árabe es un sér que empieza por el caballo y acaba por el hombre. Los jefes árabes que han penetrado el fin verdaderamente estratégico con que habla de ese modo á sus sectarios la religion del alfanje, cuidan con asiduo empeño de la conservacion de las razas, é impiden por todos los medios posibles que los caballos árabes pasen á poder de los cristianos.

Leo en este momento que Abd-el-Kader castigaba con la muerte á todo mahometano convicto de haber vendido su caballo á los cristianos. En Marruecos son tan excesivos los derechos de exportacion, que sacar del imperio un caballo de raza equivaldria á

sacarse un ojo de la cara. En Túnez, en Trípoli, en Egipto y en Constantinopla ceden obligados por la ley de las circunstancias, pero repugnan de la misma manera entregar los caballos al poder de sus enemigos.

El caballo es la primera necesidad del árabe que vive errante, formando tribus, que se mueven en extensas llanuras, segun las necesidades y las circunstancias; pueblos movibles como las arenas del desierto, que trasplantan sus tiendas buscando pastos para los rebaños, que atraviesan grandes distancias en una noche, huyendo unas veces para acometer otras. Con el caballo trafica y viaja el árabe, enamora y pelea, huye y acomete, brilla en las fiestas y cruza las soledades del Sahara, conduciendo sus camellos en largas carabanas.

El caballo es la alegría de la casa, la gloria de la familia y el alma de la guerra.

Mahoma ha dicho :

«Los bienes de este mundo, hasta el dia del juicio, estarán colgados en la crin que se halla entre las orejas de vuestros caballos.»

Sidi-Aomar, compañero del Profeta, dice á su vez :

«Quieran á los caballos, cúidenlos, pues merecen su cariño; es preciso tratarlos como á hijos y mantenerlos como amigos. Por el amor de Dios, no se descuiden, porque tendrían que arrepentirse en esta casa y en la otra.»

Vive el caballo en la tienda del árabe, en el seno de la familia árabe; come cebada tostada y dátiles sazonados, y bebe leche de ovejas y leche de camellas.

El caballo es la pasión del árabe, y contribuyen á ella con poderoso estímulo la necesidad, la religión y la costumbre; y el caballo corresponde á esta especie de culto que el árabe le tributa, con prodigios de velocidad y de destreza. Es sobrio, es fuerte, es ágil, es incansable, es dócil y es inteligente. Treinta leguas en veinticuatro horas es una jornada que el caballo árabe puede hacer algunos días. Los hay que han hecho jornadas de setenta leguas en veinticuatro horas, descansando una, y bebiendo agua una sola vez.

La raza pura de este hermoso animal, con

quien el árabe parte sus alegrías y sus penas, sus trabajos y sus placeres, el descanso y la fatiga, sus glorias y sus desastres, en una palabra su vida entera, se conserva especialmente entre las tribus errantes que habitan el Sahara. En ellas la raza berberisca ha podido salvarse de la dura dominación de los conquistadores, conservando la belleza, la sobriedad y la rapidez que el caballo árabe posee sobre todos los caballos de la tierra.

Hé aquí cómo lo describe el general Daumas, en su tratado acerca de los caballos del Sahara :

«El caballo de raza, dice, es bien proporcionado, tiene las orejas cortas y movibles, los huesos pesados y finos, la cara descarnada, las narices anchas como la boca del león, los ojos hermosos, negros y prominentes, el cuello corvo y largo, el pecho y la cruz anchos, el lomo recogido, las ancas redondas, las costillas de delante largas, y las de atrás cortas, el vientre escurrido, los cuartos superiores largos como los del avestruz, con músculos como los del camello,

los cascos negros, de un solo color, las crines finas y espesas, las carnes duras y la cola muy gorda en su nacimiento, delgada en la punta.»

Un buen caballo de raza debe tener :

Cuatro cosas anchas : la frente, el pecho, las ancas, los miembros.

Cuatro cosas largas : el cuello, los cuartos superiores, el vientre, los ijares.

Cuatro cosas cortas : la grupa, las raniillas, las orejas, la cola.

Hé ahí un caballo árabe de pura raza, al que os será muy difícil hacer que coma en otro bozal que no sea el suyo, ni hacerle beber sin que ántes enturbie el agua. Lo oiréis relinchar al ver árboles, verdura, sombra y agua corriente. Ve todas estas cosas con alegría, como el que atraviesa el desierto ve los oasis.

Dotado de una docilidad inteligente, hierve, sin embargo, la sangre en sus venas, y á cada instante contrae los labios, sus ojos se hallan siempre en continuo movimiento, alza y baja las orejas, y dobla alternativamente su corvo y flexible cuello, ya á la derecha, ya á la izquierda.

Poseer este animal es tener alas.

Se puede decir que semejantes caballos son los piés y las manos de los árabes.

Chareb er' eh, éste es el nombre genérico de la especie. *Chareb er' eh*, que quiere decir bebedor de aire.

Por toda la parte occidental del Sahara argelino se han extendido las tres razas principales de tan noble estirpe, entre las tribus *Hamyane*, *Ulad-Sidi-Chikh*, *Leghruate-Kuesal*, *Ulad-Yaqud*, *Makena*, *Aamure*, *Ulad-Sidi-Nazeur*, *Harares*, de las que Daumas da noticias históricas y geográficas muy dignas de aprecio, en su obra titulada *El Sahara Argelino*.

Son tres las razas más estimadas, y se llaman la de *Haymur*, la de *Bu-Chareb* y la de *Meriziques*, y forman un orden jerárquico en el mérito de los caballos y en la calidad de los dueños. Son tres tipos de animales, que determinan tres clases de hombres.

La raza *Haymur* produce generalmente caballos bayos; siendo éste el color dominante, son de hermosa estampa y famosos por su velocidad en todo el *Sahara*, pose-

yéndolos únicamente los árabes ricos y nobles.

En la raza *Bu-Chareb* abundan los caballos blancos, y son algo más altos que los de raza de *Haymur*, pero ménos veloces, y se sirven de ellos principalmente lo que podemos llamar la clase media de las tribus.

En la raza *Merizique* es más comun el pelo tordo, y son ménos altos y corpulentos que los anteriores; son firmes, vigorosos, membrudos y sumamente sobrios, circunstancias que los hacen muy á propósito para las fatigas á que los destina la gente pobre.

Reducen los árabes la edad del caballo de veinte á veinticinco años, y la reparten del siguiente modo :

Los primeros siete años para mi hermano.

Los segundos siete años para mí.

Los últimos siete años para el enemigo.

Tales son los caballos, cuya perfeccion resumen los árabes del siguiente modo :

Debe llevar un hombre, sus armas, la ropa de repuesto, víveres para los dos, una bandera, áun cuando el viento sea fuerte; en caso de necesidad, debe arrastrar un ca-

dáver, y por último, ha de correr todo el día, sin que piense en comer ni en beber durante la jornada.

Así es, así debe ser el *Chareb er" ehh*; esto es, el bebedor de aire, el caballo árabe de pura raza; y así era *Bel-Khrer*, de la estirpe de *Haymur*, hijo de *Ghrezala* (la gacela) y de *Rezky* (mi bien). Se habia criado en la tienda de un marabú y era bayo, por ser el color dominante de su raza.

Lanuza habia adquirido esta alhaja en su expedicion á la Argelia, y se habia traído con él la pasion que los árabes profesan al caballo.

Bel-Khrer fué robado una noche sin luna, de la misma tienda de su dueño.

Dormía la tribu silenciosa, y en medio de la oscuridad apénas se distinguían las tiendas esparcidas en la falda de un monte, siguiendo las ondulaciones de un barranco, que las ponía por aquella parte á cubierto de esas sangrientas acometidas con que se saquean y se degüellan entre sí las tribus enemigas, cayendo repentinamente unas sobre otras, y que entre los árabes se llaman

razzias, en las cuales casi siempre la ventaja es del que acomete.

El barranco, cortando bruscamente el terreno á gran profundidad, defendía la retaguardia como un foso imposible de traspasar. Delante del doble cordón de tiendas que se extendían á lo largo del barranco, se hundía y se levantaba el terreno, formando quiebras profundas y presentando continuas escabrosidades, que los caballos más ágiles y los jinetes más diestros no se atreverían á invadir.

El peligro de una acometida estaba en los flancos, y la tribu había puesto en los extremos de la línea que formaba el campamento toda su vigilancia. Ocupaba una posición estratégica, que á lo ménos por aquella noche le aseguraba la tranquilidad; así es que dormía á pierna suelta.

En el momento en que la oscuridad era más densa, y los ojos no distinguían ni los dedos de la mano, apareció en el borde de una ancha gruta la forma confusa de una sombra blanca, que permaneció un instante inmóvil.

Detras de aquella sombra apareció otra, y luégo otra, y hasta cinco, que se confundieron en una, como si no fueran más que las partes de un todo.

Este grupo aparecía casi en medio de la línea que formaba el campamento, y á cincuenta pasos de una tienda que, adelantándose á las demas, dejaba ver apénas sus dudosos contornos.

El grupo permanecía inmóvil, cuando resonó á corta distancia el ladrido de un perro, que, como el alerta de un centinela, se repitió de trecho en trecho hasta perderse á lo léjos.

En el acto desaparecieron las sombras blancas, como si la tierra se las hubiera engullido ó se hubieran disipado en el aire.

Todo volvió á quedar en silencio, y á los dos minutos las sombras aparecieron de nuevo en el mismo sitio.

Entónces se destacaron del grupo dos ráfagas oscuras, que empezaron á deslizarse hácia la tienda, en las que un relámpago de luz habría descubierto dos hombres desnudos.

El perro que había ladrado ántes gruñó sordamente, y las dos ráfagas que se dirigian á la tienda se detuvieron, quedando en completa inmovilidad.

Poco despues una de estas dos últimas sombras se adelantó lentamente hasta confundirse con la sombra de la tienda.

Pasaron algunos minutos, y se oyó el relincho de un caballo; volvieron á ladrar los perros, y en el acto mismo comenzó á soplar un viento fuerte, formando ese rumor prolongado con que el aire suena al rasgarse en las asperezas de las rocas y en el ramaje de los árboles; rugia y silbaba á la vez, pasando impetuoso sobre las frágiles tiendas de la tribu dormida.

Los ojos perspicaces acostumbrados á distinguir un pelo blanco en un vaso de leche no hubieran advertido la sombra prolongada que, viniendo de la tienda, se acercaba pausadamente á la otra sombra que hemos dejado inmóvil en medio del camino.

Ambas sombras se confundieron al juntarse, y lentamente se alejaron hasta llegar al borde de la gruta en que esperaban las

sombras blancas. Allí desaparecieron, mientras el ladrido de los perros y el relinchar de los caballos se perdía en el rumor del viento, que se despedazaba en los peñascos, haciendo temblar hasta las raíces de los olivos silvestres que encontraba al paso.

Al amanecer la tribu agitada se puso en movimiento; de *duar* en *duar* corrió como una centella la noticia de que *Bel-Khrer* había desaparecido; el hermoso *Bel-Khrer*, rápido como el relámpago, orgullo de su raza, alegría de su dueño y gloria de la tribu; el arrogante hijo de *Ghrezala* y de *Rezky*, que llevaba colgados en la crin, que flotaba entre sus dos movibles orejas, todos los bienes de la tierra.

Cien jinetes, divididos en dos grupos de cincuenta caballos, se lanzaron en persecucion de los ladrones fugitivos, y otros, á pié, escudriñaron el barranco y registraron las asperezas del terreno por donde no podían penetrar los caballos, y sólo encontraron un alboroz blanco y la traba de hierro con que *Bel-Khrer* tenía sujetas las manos, que había sido cortada con una lima.

A la caída de la tarde volvieron los jinetes con la *cara amarilla*; esto es, con la cara triste, con la cara airada; habían corrido treinta y cinco leguas sin encontrar el rastro de los ladrones.

Era preciso tomar venganza de tan audaz agravio, y la tribu dispuso una *razzia*. ¿Contra quién? Contra la tribu de Beni-Addas, que hace el comercio de caballos y produce los mejores chalanes del Sahara.

Los cinco ladrones, arrastrados por la codicia de mayor lucro, y temerosos de la *razzia* con que había de vengarse la tribu á quien habían despojado del hermoso *Bel-Khrer*, no volvieron á su campamento, internándose en lo más espeso de los bosques y refugándose á lo más áspero de las montañas.

La *razzia* se hizo aquella misma noche, y la carnicería fué espantosa y el saqueo horrible; la tribu de Beni-Addas fué destrozada, y se dispersó perseguida por el encono incansable de sus irritados enemigos; mas *Bel-Khrer*, el gran *Chareb er' ehh*, no pareció por ninguna parte. Los cinco ladrones

temieron á la vez el enojo de su jefe y la indignación de su tribu, aliada á la sazón de aquella á quien habían robado el bebedor de aire más famoso en todo el *Sahara* argelino; y aunque entre los árabes es un valiente el que roba al enemigo, si el robo es en perjuicio de la misma ó de alguna tribu aliada, entónces es una vergüenza.

En la culta Europa no somos tan escrupulosos; se despoja al enemigo vencido con el derecho brutal de la victoria, y se despoja al aliado indefenso con el derecho salvaje de la fuerza. Dígalo en estos momentos la bien castigada Francia, despojada de la Lorena y de la Alsacia por las armas de Prusia triunfante. Dígalo Italia, saqueada por la rapacidad del Piamonte.

Huyendo los cinco ladrones de la tribu de Beni-Addas del furor de sus enemigos y del furor de sus amigos, se fueron acercando poco á poco á la línea de las posesiones francesas en la Argelia.

Allí pusieron en venta á *Bel-Khrer*, prefiriendo á un comprador mahometano sobre todos los compradores, aunque para ello tu-

vieran que rebajar el precio del caballo; porque al fin eran unos ladrones honrados, que tenían su conciencia; unos buenos creyentes, que no querían echar sobre su alma el peso de una desobediencia á los preceptos del Profeta, que les prohíbe poner sus caballos en poder de los cristianos.

En esta ocasion, Miguel, que no habia conseguido éxito alguno en diferentes tentativas hechas para realizar su sueño de cazar leones, concibió el vivo deseo de adquirir un caballo de raza árabe por los cuatro costados.

Sus excursiones por toda la extension de la Argelia, y muchas veces fuera de ella, sus prodigalidades y su valor le habian granjeado la amistad de algunos; amistad sincera á pesar de que se trataba de un cristiano, español por más señas, nombre contra el que deben conservar los árabes particular ojeriza; pero esas amistades suelen hacerlas tambien los perros y los gatos.

Entre los amigos de Lanuza, compañeros de sus correrías, Si-ben-Atekhtar, gran cazador de gacelas, de avestruces y de antílopes, jinete consumado, que como Abd-el-

Kader cruzaba las espuelas sobre las ancas del caballo, prueba suprema de agilidad y de destreza entre los jinetes árabes, era el más íntimo. Habia hecho sus armas contra los franceses y se sometió de los últimos con los *Flittas*; pero se habia civilizado y era un europeo en toda la extension de la palabra; conservaba el traje y la religion de sus padres como recuerdos, pues en las costumbres era un frances como otro cualquiera. En cuanto á religion, su ardor se habia entibiado bastante, sin que la luz de la verdadera fe hubiera iluminado las tinieblas de su entendimiento. En una palabra, era un *sprit fort* vestido de moro.

Residia comunmente en Argel, donde más cómodamente podia satisfacer las necesidades de todos los vicios que por de pronto le habia llevado la civilizacion francesa.

Si-ben-Atekhtar juró por el Profeta proporcionarle á Miguel el mejor caballo del *Sahara*.

Su ojo experimentando descubrió al instante en *Bel-Khrer* al verdadero *Chareb er'ehh*, conoció la pureza de su raza y la per-

feccion de sus cualidades, y acercándose al que parecía su dueño, le dijo :

—Vende y ganarás.

El otro le contestó :

—Compra y ganarás.

—¿Es caballo comprado ó criado?

—No es caballo, contestó el *chalan*; es mi hijo. Descubre su lomo y recrea tus ojos.

—¿Qué quieres por él?

—Habla tú primero.

—No, habla tú.

—Corre como la pólvora, exclamó el *chalan*, y llega ántes que la vista. Por la cabeza del Profeta te juro que tiene alas en los piés; la bala que sale del fusil se desespera porque no lo alcanza. Ve un pelo negro en medio de la noche oscura. Monta sobre sus lomos, suena las espuelas contra los estribos y grita *Bel-Khrer*, y desaparecerás. ¿Has visto la centella que despedaza las nubes en las noches de tempestad? pues ése es *Bel-Khrer*, hijo de *Ghrezala* y de *Rezky*, de la raza de *Haymur*.—El Profeta ha dicho: Cada grano de cebada que le echas á tu caballo te

valdrá una indulgencia en el otro mundo. Delante de las doncellas relincha de alegría; y en los dias negros, cuando el humo de la pólvora oscurece el sol, se regocija, porque todo lo entiende como un hijo de Adam..... Dale palabra y hablará como el Profeta; derribará á tu enemigo ántes que lo alcance la bala de tu fusil; sus cascos no tocan la tierra y puedes llevar en tu mano una taza de café sin derramar una gota; y bailaria sobre el pecho de una doncella sin lastimarla. Sobre el lomo de *Bel-Khrer* está el paraíso, porque es más suave que el regazo de una mujer. Su presencia ennegrece el corazon de los enemigos en las guerras en que los fusiles se tocan. Al ver á *Bel-Khrer* se olvida uno de su padre. Huye el último y llega el primero. Las yeguas del Sahara relinchan al oír sus pasos. *Bel-Khrer* es *Bel-Khrer*, porque no hay otro.

El comprador oyó tranquilamente todas esas hipérboles con que el *chalan* árabe ensalzaba las cualidades de su caballo, y luégo que hubo terminado, le dijo :

—Pide.

—Diez camellas, contestó, valen menos que Bel-Khrer.

—Bien, añadió *Si-ben-Atekhtar*; tendrás para comprar doce camellas.

—Tú, dijo el *chalan*, me arrancas el corazón; llévate antes que mis ojos se llenen de lágrimas.

El caballo pasó de manos de *Si-ben-Atekhtar* á manos de *Lanuzá*, consiguiendo de este modo un caballo admirable, cuya estructura reunía á la vez las condiciones del galgo, de la paloma y del camello veloz que los árabes llaman *Atahari*.

Atekhtar adiestró á nuestro héroe en el manejo de este noble animal, por el que sintió desde el principio un singular cariño.

Entre los inteligentes era *Bel-Khrer* en Madrid una joya inapreciable; tipo perfecto de una raza privilegiada, había vencido en las últimas carreras de caballos á *Ofelia*, yegua inglesa que se dejaba atrás al aire y con la que no se atrevían á luchar los caballos más corredores. *Bel-Khrer*, como un verdadero noble, atestiguaba con los hechos la fama de su estirpe y la pureza de su sangre.

Llevaba los pergaminos de su ilustre abuelo en todo su sér. Su celebridad, extendida por todos los círculos, hacía resonar su nombre en los cafés y en los salones. *Bel-Khrer* era una fortuna; poseerlo era tener en el bolsillo los premios de todas las carreras, y movida la especulación por el incentivo de la ganancia y el lujo excitado por la vanidad, *Bel-Khrer* fué solicitado, ofreciéndose por él sumas considerables; pero su dueño no habría cometido nunca la traición de venderlo; tenía orgullo en poseerlo, le profesaba un tierno cariño, y por nada en el mundo se habría separado de su hermoso caballo.

El inteligente animal correspondía también tiernamente á las caricias de su amo. Al oír la voz de Miguel relinchaba de alegría; habríase creído que entendía sus palabras.

—*Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, estoy triste, muy triste, decía Miguel, y el caballo relinchaba sordamente y golpeaba el suelo con sus negros cascos, de la misma manera que pudiera hacerlo un hombre lleno de pesadumbre.

— *Bel-Khrer*, estoy alegre, muy alegre, decia Miguel; y el relincho del caballo resonaba brillante como los toques de un clarín de guerra, y alzaba las manos como si quisiera saltar de alegría.

Lanuzza habia encontrado en el noble animal un refugio contra las adversidades de su destino, y el caballo le habia hecho olvidar muchas veces terribles desgracias. Le profesaba admiracion, cariño y agradecimiento.

Un día que Lanuzza tuvo que quedarse en cama, y no pudo, por consiguiente, hacer á *Bel-Khrer* sus visitas ordinarias, cuidándolo él mismo y sirviéndole él mismo el pienso, el caballo comió apénas y estuvo inquieto y triste.

Llegó el caballo á tomarle aversion á un mozo de cuadra zafio y brutal, y no podia verlo sin irritarse. Una vez consiguió cogerlo y lo derribó delante del pesebre, y lo iba á destrozarse bajo sus manos cuando los gritos del pobre hombre atrajeron á Miguel, que viendo el peligro del mozo, se lanzó gritando con acento irritado:

— ¡ *Bel-Khrer*, *Bel-Khrer*!

Bel-Khrer se quedó inmóvil con la cabeza erguida y las orejas tiesas como si lo hubieran clavado en el suelo.

Entónces se acercó y ayudó al mozo á levantarse. Se habia hecho éste una ligera herida en la cabeza, y Miguel mismo lo curó cariñosamente en presencia del caballo, que movia las orejas sin apartar los ojos de la escena que tenia delante. Curado el mozo, hizo Miguel que se acercara al caballo y lo acariciara; el animal permaneció quieto. Desde aquel día *Bel-Khrer* no volvió á meterse con el mozo de cuadra.

Huyendo Miguel de los dos últimos años de su vida como de un sueño penoso, se habia refugiado su memoria en recuerdos anteriores, y no teniendo en el mundo más amigo que á *Bel-Khrer*, á él solo le confiaba el íntimo secreto de su pensamiento; así es que le hacia oír muchas veces el nombre de Magdalena, sobre todo en las ocasiones de más empeño.

— *Bel-Khrer*, decia Miguel en voz baja, Magdalena te mira.

Y el caballo redoblaba su gallardía dila-

tando las aberturas de sus narices rasgadas como las bocas de los leones.

— *Bel-Khrer*, Magdalena nos espera.

Y el inteligente bruto tendía en el aire sus manos como dos alas, y la tierra huía debajo de sus piés.

— *Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, aquí está Magdalena.

Y el arrogante animal reprimía el ímpetu de su carrera y se detenía piafando.

Tan hermoso caballo era la admiración de las gentes, y su celebridad puso en moda á los caballos árabes. Se trajeron magníficos potros y arrogantes yeguas, pero ninguno logró oscurecer su gloria. Como había dicho el chalan, *Bel-Khrer* era *Bel-Khrer*, porque no había otro.

Miguel era feliz con su caballo, y empezaba á creer que, en efecto, todos los bienes del mundo estaban colgados en la crin que flotaba sobre sus ojos.

Tal era *Bel-Khrer Charel er" ehh*, bebedor de aire.

CAPÍTULO II.

Lord Walbrook.

Los ingleses lo hacen todo con suma formalidad, y acaso sea el único pueblo del mundo que ha conseguido reirse seriamente.

Nos llena de admiración y hasta de envidia el respeto que el inglés profesa á la ley.

En el teatro de no sé qué condado ocurrió que el taconeó de las botas sobre el entarimado de la sala producía un ruido desagradable, y este ruido, causado por los concurrentes que entraban despues de alzado el telon, interrumpía la atención de los espectadores, defraudándolos de una parte del espectáculo. El público se quejó del abuso, y la autoridad, como si dijéramos el alcalde constitucional de cualquiera de nuestras villas, ó lo que es ménos aún, el Gobernador